Año XXI. PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS, Num. 11.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,
BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.
Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
UN NÚMERO SUELTO 2 RS.—DICHO CON PATRON 3 RS.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.—Núms. sueltos 4 rs.
La remision se hace por correos el mismo dia en que se publica.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
UN NÚMERO SUELTO CON PATRON Ó SIN ÉL, 2 RS. FS.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.—Números sueltos 3 rs. fs.
DIRECTORES PROPIETARIOS: **Sres. De Cárlos y C.ª**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
UN NÚMERO SUELTO 4 RS. FS. CON PATRON Ó SIN ÉL.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.—Números sueltos 5 rs. fs.
La remesa se hace por vapores en el mismo dia de la publicacion.

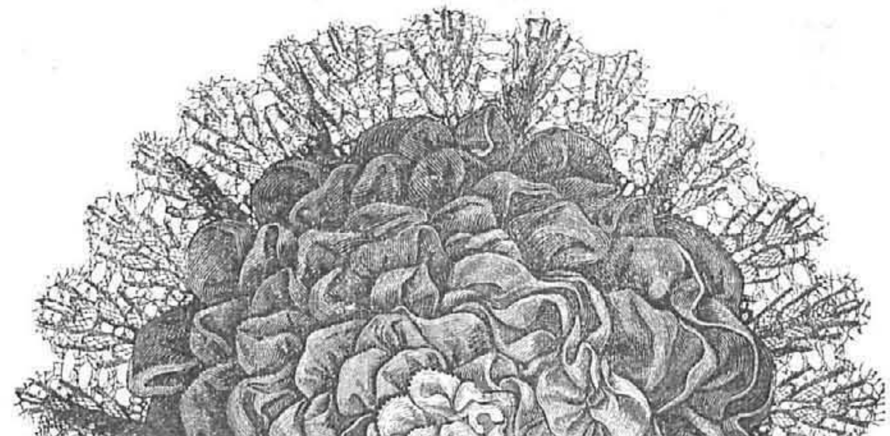
Sumario.—Copos y ramilletes de violetas.—Tocado Nerisa. — Tocado Esmeralda.—Tocado Isabela.—Tocado Alicia.—Lambrequin de tapicería. — Influencia de las mujeres. — La seda. — Rosa Deroy. — Dolora: poesía. — El gaucho. — El noble en la miseria.—Revista de Cádiz. —El salto del caballo.—Advertencias.— Solucion al geroglífico del número anterior.

Copos y ramilletes de violetas.

Sirven estos para muchos usos; se emplean como adornos en trages de baile, para prendidos, para sombreros, y hasta algunas veces se colocan sobre alguna linda zapatilla; se los pone en peinadores de verano de muselina blanca ó lila, en fin, se los utiliza para una mesa de tocador.

Publicamos hoy tres dibujos consagrados á estos copos y á estos ramilletes; los primeros sirven para los usos que hemos indicado: el ramillete (que puede hacerse mas voluminoso) se arma sobre un cabito; se le tiene en la mano.

Nada es mas fácil de ejecutar que el trabajo por el cual se forman estos ramilletes, los cuales llevan la imitacion de la violeta hasta reproducir su perfume. Se toma cinta violeta muy lijera, que tenga un centímetro y tres cuarto de ancho; se le frunce haciendo que forme eses (véase el dibujo n.º 4) con seda violeta, despues se aprietan estos fruncidos; se emplean dos metros de cinta para un copo semejante al señalado con el n.º 2. Se cortan dos redondelas de nansouk, las cuales tengan 6 centímetros de diámetro; se cubre una de estas redondelas con algodon en rama fuertemente polvoreado con lirio cárdeno, se coloca la otra redondela encima, se las cose juntas, de modo que formen un cojincillo algo combado hácia el medio; sobre este cojin se dispone en *espiral* el plegado hecho con esta cinta, principiando por el centro y apretando bien unas con otras las vueltas á fin de que el cojin quede bien cubierto. Se ensarta en una aguja gruesa una hebra de seda amarilla de oro y otra de seda verde; se hacen con estas dos hebras á la vez algunos puntos de trecho en trecho con el objeto de imitar el corazon de las violetas. Se corta una nueva redondela de tul negro fuerte, al rededor de la cual se frunce cinta verde para imitar las hojas: estas pueden tambien ser hojas artificiales de violetas. En medio de estas hojas se sujeta el copo.



N.º 4.—COPOS Y RAMILLETES DE VIOLETAS.

CINTA PARA EL RAMILLETE DE VIOLETAS.

El del n.º 1 se hace del mismo modo, pero con dos puntos diferentes del violeta para las cintas, y tambien con cinta blanca, la cual tendrá solo un centímetro de ancho; se reemplazan las hojas con encage negro (de 3 centímetros de ancho) fruncido al rededor de la redondela de tul fuerte. Esta combinacion servirá para guarnecer cófias y sombreros.

Para hacer el ramillete se toma alambre (12 á 16 centímetros de largo), se pone en uno de sus extremos una gruesa bola polvoreada tambien con lirio y forrada de nansouk; se la aplasta por arriba, y se dispone la cinta (que ha de tener 2 metros poco mas ó menos) en forma de plegado, segun se dijo arriba. Se rodea el ramillete con hojas artificiales de muchos puntos del verde, y sus cabillos se atan al rededor del tallo ó cabo principal.

Tocado Nerisa.

Nuestro modelo se hace de tafetan negro y tafetan azul de China. Este tocado ó adorno de peinado se dispone sobre un ala de tul fuerte, armada sobre un alambre, y formando un círculo que dá vuelta al rededor de la cabeza desde delante hasta la nuca; la castaña de pelo pasa por debajo del lazo; está, por consiguiente, entre los dos lazos; este ala debe tener de trecho en trecho algunos pliegues á fin de que se acomode á la forma de la cabeza.—Para disponer muy cómodamente la guarnicion de delan

© Biblioteca Nacional de España

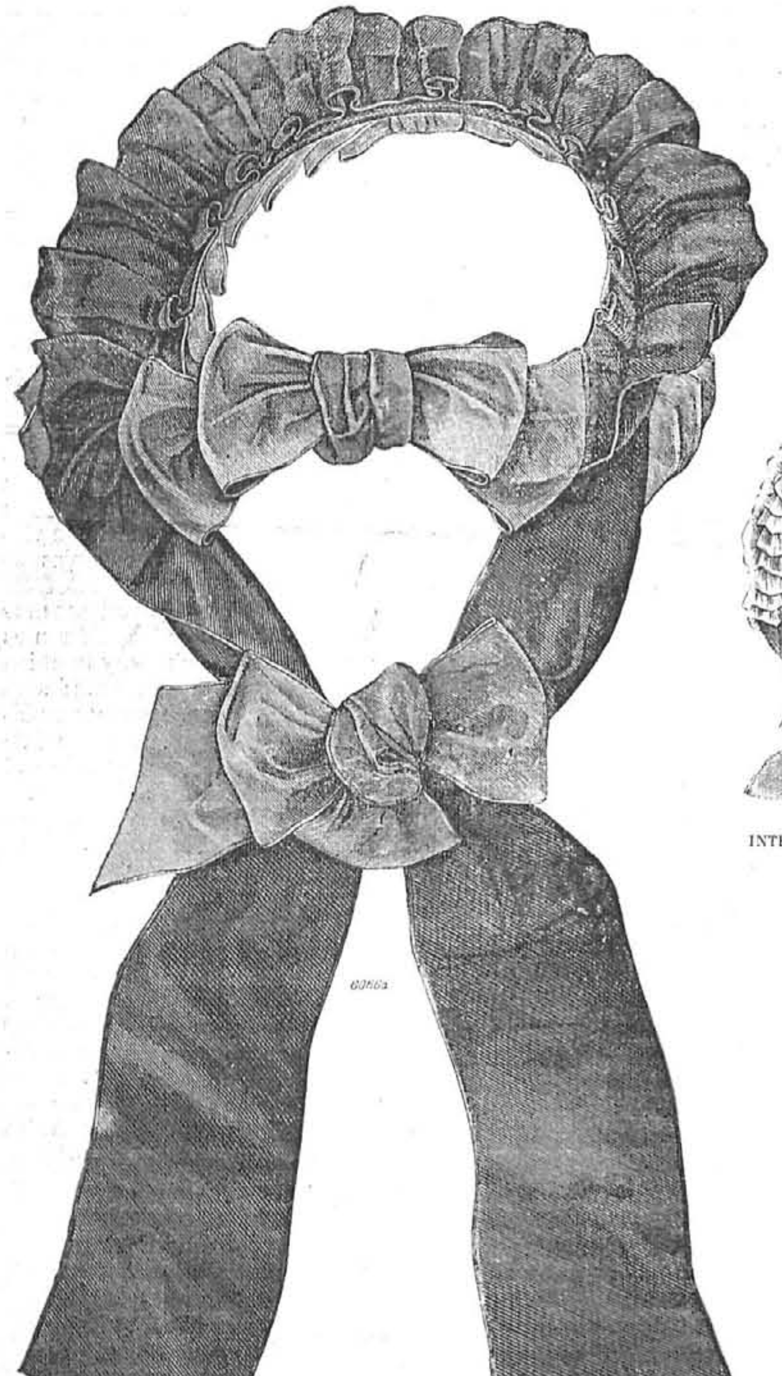
te, se prepara una especie de ala transversal con tul fuerte doble; este ala tiene 4 centímetros de ancho y 14 de largo por el lado que está recto; el otro lado se redondea segun la forma del óvalo. Se pone hácia la parte de abajo (véase el dibujo n.º 2) un pedazo de alambre forrado de tafetan negro, que sirve para sostener el primer lazo; este alambre tiene 18 centímetros de largo. La guarnicion que rodea el delantero de la cabeza (véase el dibujo n.º 2) se compone de hojas separadas, hechas con cinta azul de 6 centímetros de ancho; cada una de estas (se necesitan 14 para cada lado) tiene 5 centímetros de largo; forman tres pliegues en el medio y se sujetan en el alambre de delante, de modo que lo cubran. Encima de esta corona de cinta hay colocada una guarnicion de tafetan negro hecha con 1 metro y 80 centímetros de cinta negra; se forma en el centro de esta cinta (que tiene 7 centímetros de ancho) y á 2 centímetros de distancia de uno de los bordes, un pliegue hueco de cerca de 2 centímetros de ancho poco mas ó menos; este pliegue forma el medio de la guarnicion, y por cada lado de este, se hacen siete pliegues iguales que componen un un lazo, tambien azul, se pone en el alambre atravesado: este lazo, como el dibujo lo indica, se compone de cuatro hojas y un travesaño ó hebilla. El adorno de que hemos hablado conviene para una señorita ó para una señora muy jóven.

N.º 3.—RAMILLETE DE VIOLETAS ARTIFICIALES.

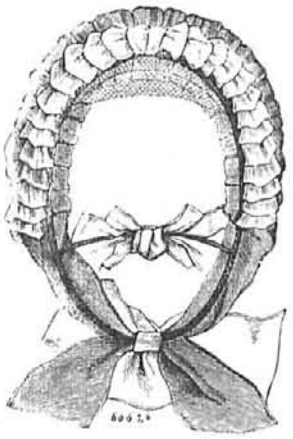
tro hojas, hecha cada una con una tira de terciopelo de 22 centímetros de largo; este lazo se sujeta en medio del prendido por delante. Los demás adornos se componen de bellotitas y yerbas de oro, que pueden reemplazarse con flores y yerbas verdes, ó bien con cocas de cinta de tafetan grosella, azul, ó rosa Solferino.

Tocado Isabela.

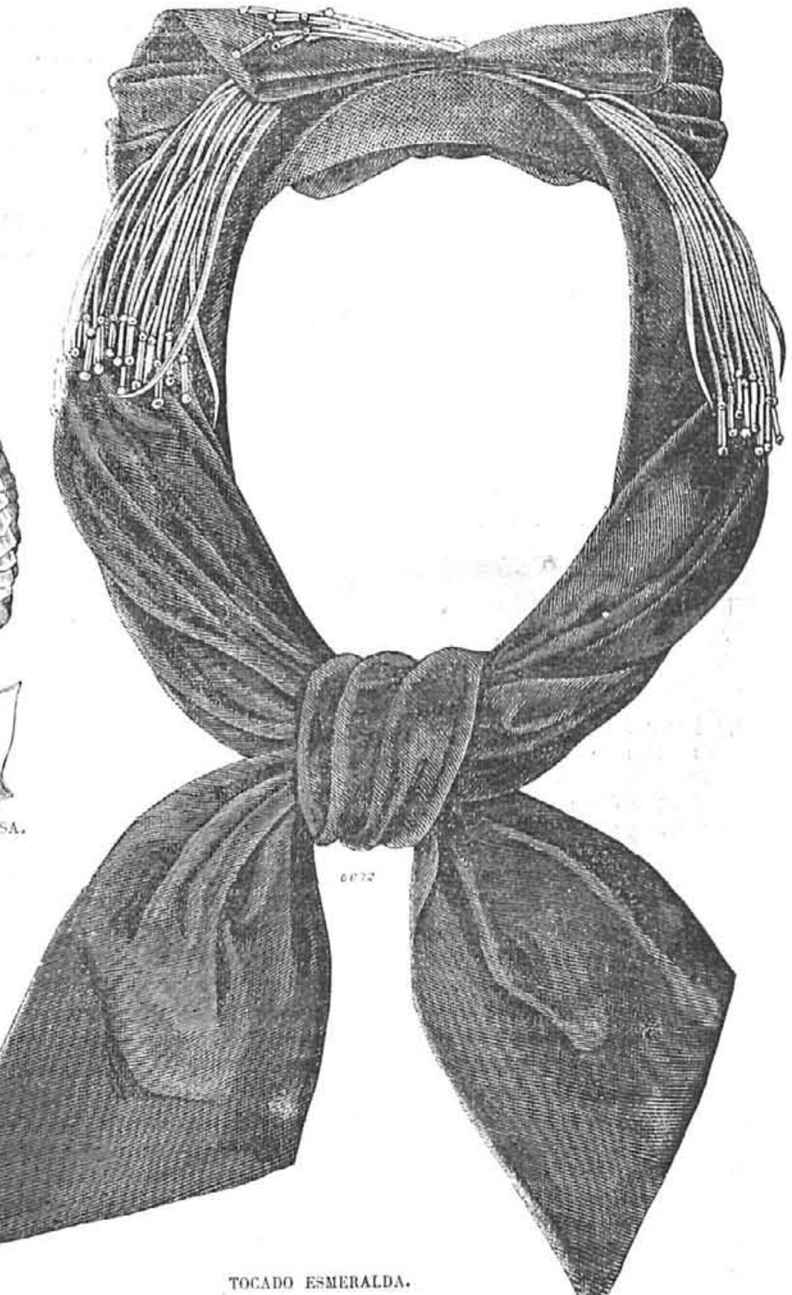
Este modelo se compone de un óvalo de alambre ó tul engomado, cubierto de terciopelo negro, el cual tendrá centímetro y medio de ancho por 62 á 64 de largo, y en cuyo medio se coloca atravesado una especie de arco de alambre (28 centímetros de largo) destinado á sostener el velillo de tul de seda con dibujos. Este velillo tiene 46 centímetros de ancho por 36 de alto á bajo; se dispone en pliegues sobre el alambre atravesado, y debajo del óvalo; en medio de este, por delante, se coloca un ala pequeña de tul engomado, que tenga 7 centímetros de altura en el centro y 14 de largo por el lado que está recto; por el otro lado se le redondea segun la forma del óvalo; este ala sostiene la guarnicion de delante, cuya guarnicion se compone de



TOCADO NERISA.



INTERIOR DEL TOCADO NERISA.



TOCADO ESMERALDA.

plegado de 15 pliegues de 39 á 40 centímetros de largo, medida que está calculada para un adorno de 68 centímetros de circunferencia. Un cabo de la cinta de 46 centímetros queda por cada lado del plegado; se cose este sobre el ala que se añadió, á la que cubre enteramente, así como al círculo, por un lado y otro; se hace un torcete muy flojo con los dos cabos de cinta, y se los asegura en el medio del círculo, por detrás. Quedan de esta cinta unos cabos: se los cruza y se coloca encima un lazo compuesto de tres hojas y una hebilla de cinta azul;

Tocado Esmeralda.

Se dispone este modelo sobre un ala de tul negro fuerte, hecha con una tira doble de 60 á 62 centímetros de largo y 4 de ancho; se coloca en ella un alambre, y se forma así un óvalo, en medio del cual se cosen, plegándolas un poco, cuatro tiras de terciopelo negro de diferentes longitudes; por cada lado caen dos tiras, una de 32 y otra de 48 centímetros de largo; se las coloca formando paños plegados sobre la armazon, consultando nuestro dibujo; los cabos mas cortos se cosen en medio del adorno por detrás; los mas largos tambien se cosen y se cruzan; sobre el sitio en que los cabos se cruzan se coloca un lazo de terciopelo. El lazo de delante se compone de cuacinco plumas blancas; tres de ellas están dispuestas en forma de diadema por delante; las otras dos se colocan una á cada lado, de modo que quedan 14 centímetros de óvalo sin guarnicion. El óvalo está cubierto por una tira de terciopelo lila (60 centímetros de largo, 8 de ancho), puesta doble, de modo que solo tenga 4 centímetros poco mas ó menos, los cabos de esta tira se cruzan por detrás, como lo indica la figura, y se sujetan con un ancho broche de cuentas ó azabache; otro broche semejante se sitúa en la parte de delante del adorno. El dibujo n.º 2 representa el interior del tocado, que es muy fácil de ejecutar.

Tocado Alicia.

Este modelo se hace enteramente de tafetan ne-

© Biblioteca Nacional de España

gro; podrá variásele matizándolo: asi la corona se haria color de grosella oscuro, las escarapelas de tres tonos diferentes y mas claros del mismo grosella, colocando en medio el punto de color que sea mas claro.

El ala, ó circulo, ó armazon, se hace de tul negro fuerte y engomado, guarnecido de alambre; el dibujo n.º 2 representa el interior del tocado; en él puede verse la forma del ala, que tiene por todas partes 3 centímetros de ancho.

La parte de delante, que es recta y no está plegada como en los demás modelos, tiene 15 centímetros de largo; el lado redondeado tiene 50 centímetros por fuera y 36 por dentro.

El tocado se hace con cinta negra de tafetan de 8 centímetros de ancho. Las escarapelas se componen cada una de una tira de tafetan negro de 5 centímetros de ancho y 2 metros de largo, recortada y picada por uno de sus bordes, y fruncida de modo que forme un plegado de 45 centímetros de largo; se prepara un pedazo ovalado de tul fuerte (7 centímetros de largo por 5 de ancho) sobre el cual se dispone este plegado en espiral.

Se toma un pedazo de cinta negra (70 centímetros de largo), se coloca su mitad sobre la mitad de delante del ala (parte que está recta) se echa hácia atrás de modo que cubra al ala, se le sujeta en medio por detrás, plegándolo lijeramente; se pone en medio por delante un lazo compuesto de cuatro hojas y una hebillita; por detrás se sitúa otro lazo, cuyas hojas son algo mas largas, y cuyos cabos tienen cada uno 28 centímetros.

Lambrequin de tapicería.

El uso á que este lambrequin se destine determinará el grueso del canevas que deba emplearse. Sobre canevas muy grueso, este dibujo formará lambrequines para mamparas ó cortinas; sobre canevas de mediano grueso servirá para lambrequines de chimenea. En fin, sobre canevas muy fino, podrá emplearse para guarnecer aparadores de madera, cubiertos de terciopelo ó paño. El dibujo representa una guirnalda de hojas de vid con sus racimos. El fondo de la parte superior (indicado en blanco) se hace de seda color maiz. La pequeña orla blanca que rodea los festones, es tambien de seda maiz. Las hojas son de muchos puntos de verde; las que acompañan al racimo de uvas son de verde inglés; las colocadas entre los racimos son de verde amarillo. Estos mismos racimos son alternativamente encarnados y de color gris. Este último debe ser claro, y el punto de él mas pálido se hace con seda blanca.

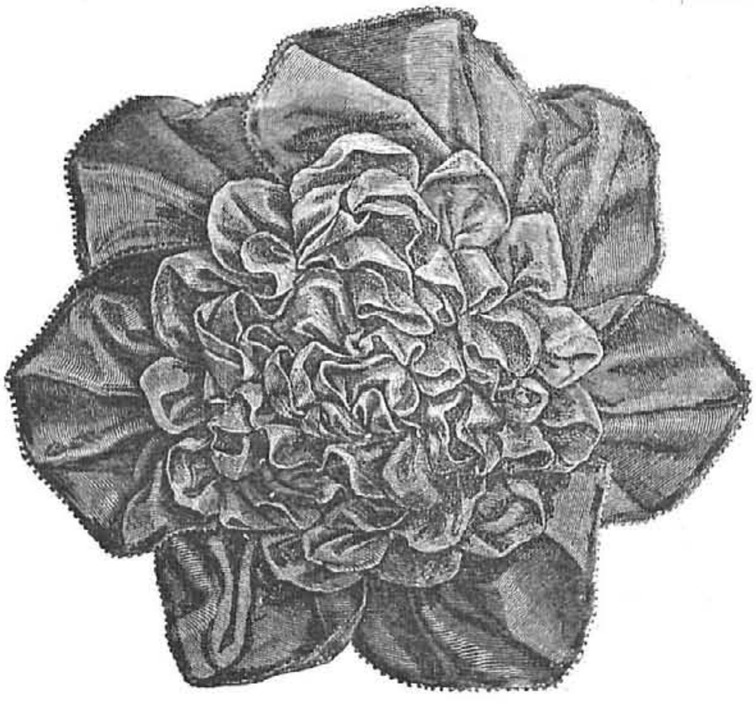
INTERIOR DEL TOCADO ALICIA.

INFLUENCIA DE LAS MUJERES.

El hogar doméstico, ese nido embelesador del hombre en donde irradia toda la alegría de la casa, ¿existiria por ventura si una mujer no tomase á su cargo el mantener viva su llama? ¿Dónde están cuando la mujer se halla ausente, la mirada que todo lo vé, la voz que todo lo concilia, la iniciativa que todo lo dirige, la mano que cura, la sonrisa que alegra, el corazon que consuela, la palabra que devuelve las fuerzas al desalentado y la esperanza al que sufre? La mujer es el alma de la vida de familia.

La jóven cuida á sus padres en la vejez, y devuelve á su padre anciano los tiernos cuidados que ella, cuando niña, ha recibido de su madre. Crece, adelanta en años su belleza, se desarrolla, y entonces aprende á conocer que su sonrisa puede ser una recompensa destinada al mérito de sus hermanos, y su mirada, llena de ternura, puede enseñarles el camino del deber que ella sabe hacerles mas llevadero y mas dulce.

Esposa, su amor funda el hogar doméstico, donde solo ella puede hacer que se mantenga el bienestar y la paz. Los bienes que amasa el trabajo enérgico del hombre, los economiza y los reparte la



N.º 2.—COPO DE VIOLETAS ARTIFICIALES.

mano, á un mismo tiempo prudente y liberal de la mujer. Solo ella posee el sello de economizar para dar. Destina lo que ha de darse al pobre, y enseña la caridad por medio del ejemplo.

Madre, se consagra á sus hijos y llega casi á depender de su vida su propia vida. Instruye al niño; estimula las virtudes del adolescente; dá al jóven el apoyo de su paciencia y su dulzura, apoyo el mas fuerte de todos porque es el mas constante; le sostiene en su desaliento, le hace soportar con calma la injusticia, y hace brillar á sus ojos la luz de la esperanza.

Lo que el hombre adquiere, la mujer lo conserva porque le ama; lo que él construye, ella lo adorna y lo embellece porque le ama: cuando él sentencia, ella compadece: cuando él castiga, ella perdona, siempre fiel á su mision de amor y de ternura.

TOCADO ISABELA.

La religion cristiana ha consagrado en la madre del Hombre-Dios un admirable simbolo de todas las virtudes que exige á la mujer: pureza, prudencia, cordura, sacrificio y fidelidad. Ya sea el recurso de los enfermos, el refugio de los pecadores ó el consuelo de los afligidos, toda su belleza, toda su fuerza, todo su poder se reasumen en esta sola palabra de los griegos *¡Charis!* que quiere decir á la vez gracia y caridad.

La mujer es la urna perfumada de donde se esparce el bálsamo consolador que cicatriza las heridas del hombre. Es como la blanca paloma, que mensajera de los cielos, fué enviada al mundo para anunciarle que habia cesado la cólera del Señor.

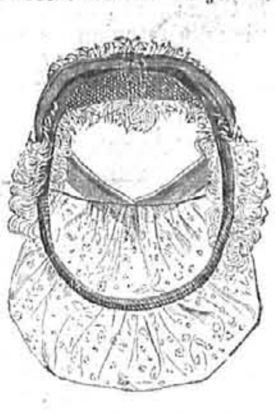
Los hombres tienen luchas acerbas y encarnizadas: la mujer interviene en sus combates, procura apaciguarles, influye para conseguir la paz cuando mas ellos piden la guerra.... El hombre grita; *¡venganza!* Ella contesta: *¡perdon!*

Un poeta ha dicho que cuando el Salvador cargaba sus hombros con la cruz, sus discípulos mas fieles le huyeron, y que solo las mujeres le acompañaron en su desgracia

¡Benditas sean! Son los ángeles de la tierra, son las que curan las almas enfermas, son las que con la mirada consuelan á los niños y á los poetas. El poeta es como un niño. ¿Acaso, como éste, no vive en la infancia?

Completaré estas breves reflexiones sobre la mujer con un párrafo de una carta que este último verano escribia desde Milan un amigo mio, poeta catalan, que habia pasado á Italia á ver de cerca la guerra.

«Esta mañana, decia con fecha del 26 de junio, he recorrido los hospitales. El espectáculo que en ellos está dando el bello sexo de Milan, es superior á todo encomio. No hay cuadra que no esté llena de señoras, y de señoras principales, rodeando las camas de los heridos, cuidándoles, auxiliándoles, hablándoles con dulzura para fortalecerles y darles ánimo. Para ellas todo es igual, lo mismo el grosero soldado que el aristocrático gefe, lo mismo el francés y el sardo, que el austriaco. He visto á una bellísima jóven de diez y ocho años, rubia y hermosa come una de las Madonnas de Rafael, junto á la cama de un pobre soldado francés leyéndole una novela para distraerle, con la voz mas dulce y mas simpática del mundo. He visto á otra, una condesa, llorando amargamente junto al cadáver de un zuavo que acababa de sucumbir á los agudísimos dolores de una segunda amputacion, y al cual ha estado auxiliando hasta verle exhalar el último suspiro. He visto por fin otra que iba dando un caldo á cucharadas á un austriaco inutilizado de ámbos brazos. El bello sexo de Milan es la providencia de los heridos. Las damas mas acaudaladas, las mas aristocraticas, las mas bellas, no se contentan con tener heridos en sus casas, corren á los hospitales y se convierten en hermanas de la caridad, abandonando sus lujos y sus palacios para respirar la sofocante atmósfera de las cuadras y llevar el consuelo al lecho de los pobres mutilados. Cuando se presencia un espectaculo semejante, es cuando se vé que son realmente las mujeres los ángeles de la tierra. Allí donde hay un dolor que calmar, una lágrima que enjugar, un consuelo que verter, allí está una jóven milanesa. No tienen un momento de descanso, apenas duermen, están completamente consagradas al alivio de los que sufren. Sombrero en mano, y con el respeto con que hubiera podido acercarme á una reina, he detenido el paso



INTERIOR DEL TOCADO ISABELA.

© Biblioteca Nacional de España

á una de esas damas en el corredor de un hospital, felicitándola por la admirable conducta del bello sexo en estas circunstancias.—Es lo menos que podemos hacer, me ha contestado, por nuestros salvadores y los libertadores de nuestra patria.»

Hasta aquí mi amigo.

Esta es la mujer.

ANTONIO ALTADILL.

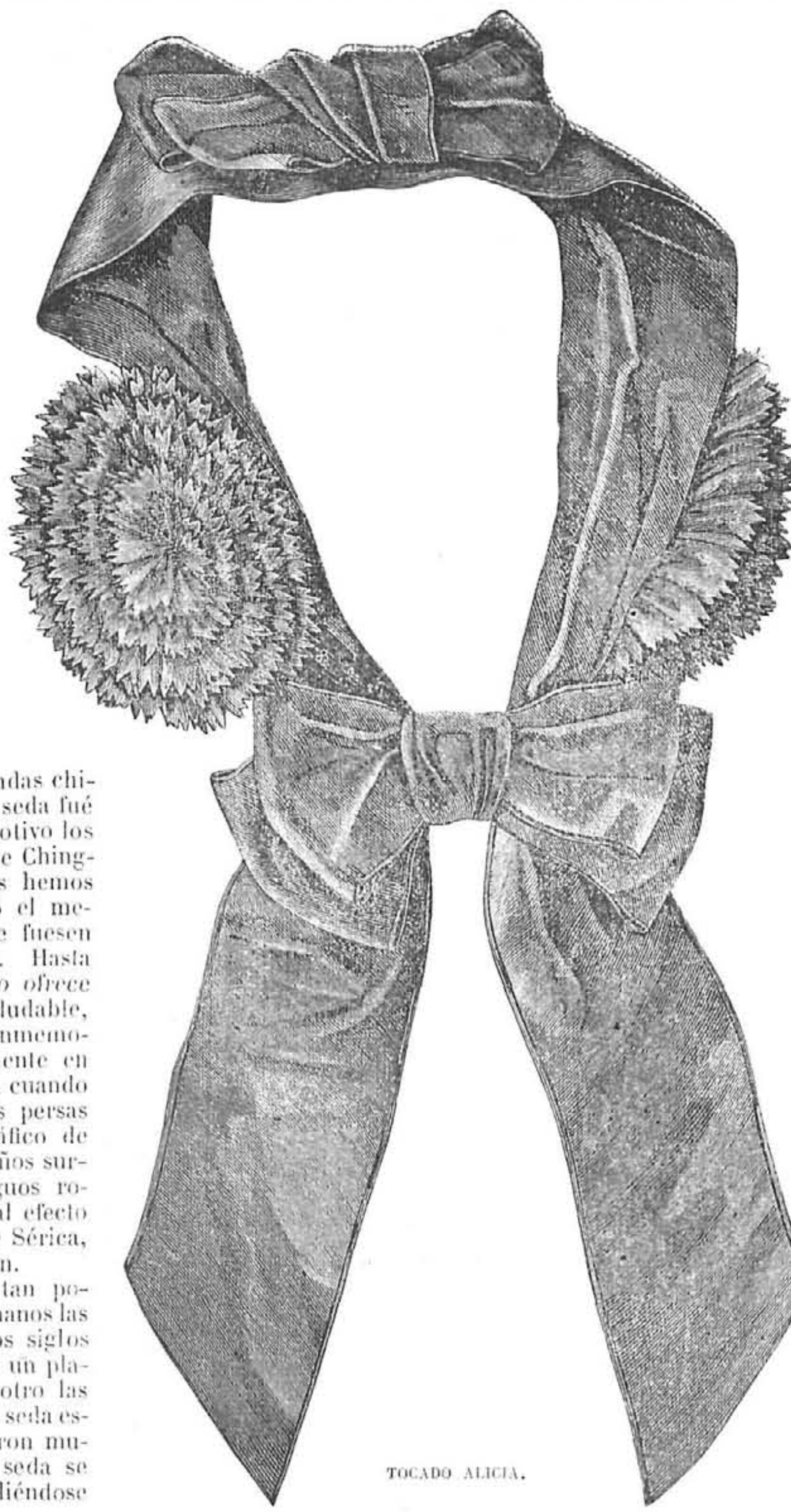
LA SEDA.

En breves palabras, porque no somos amigos de alargar historias, ni escritores franceses de á tanto la línea, vamos á decir, ó mejor dicho, á extractar todo cuanto se ha escrito acerca de la seda.

Los chinos, de los cuales hay que hablar por precision tratándose de la seda, aseguran que los gusanos que esta preciosa y siempre buscada materia producen, proceden de la provincia de Tche-Kiang: si esto es cierto, como parece, salvo el parecer de algunos aunque pocos naturalistas, la consecuencia natural es que los citados gusanos fueron llevados despues á los demás paises donde la seda se cultiva.

Crèese, ó al menos así lo cuentan las leyendas chinas, que el primer hombre que trabajó la seda fué Canzungo, rey de Chio, á quien por este motivo los chinos elevaron un templo en la ciudad de Ching-Tu, capital de la provincia china que antes hemos citado; el mismo Canzungo fué el que ideó el medio de criar los gusanos de seda para que fuesen mayores los resultados de su produccion. Hasta *aquí la fábula tradicional; pero lo que no ofrece* duda alguna, lo que todos tienen por indudable, es que la seda fué conocida desde tiempo inmemorial en varios paises del Asia, y especialmente en la China y el Japon, donde se trabajaba ya cuando ni noticia tenian de ello los europeos: los persas fueron los primeros que se dedicaron al tráfico de este artículo, y por espacio de muchos años surtieron de tegidos de esta clase á los antiguos romanos del tiempo del imperio, trayéndola al efecto del interior de China, y especialmente de Sérica, que era el parecer el centro de exportacion.

Las telas de seda eran en la antigüedad tan poco conocidas de los europeos, que los romanos las estuvieron pagando por espacio de algunos siglos á peso de oro materialmente, colocando en un platillo de la balanza la pieza de tela y en otro las monedas destinadas á su pago: la onza de seda estaba entonces á onza de oro, y todavía pasaron muchos siglos antes de que en la venta de la seda se empleasen las medidas longitudinales, aboliéndose



TOCADO ALICIA.

las de peso. Esta, y no otra, debió ser indudablemente la causa de que el emperador Aureliano se negase á dar á su esposa un trage de seda que continuamente le pedia, trage que hoy usan, no ya las señoras de tan elevada clase, sino hasta las doncellas de algunas casas: si la esposa de Aureliano hubiese vivido hoy, á bien poca costa pudiera haber satisfecho su deseo.

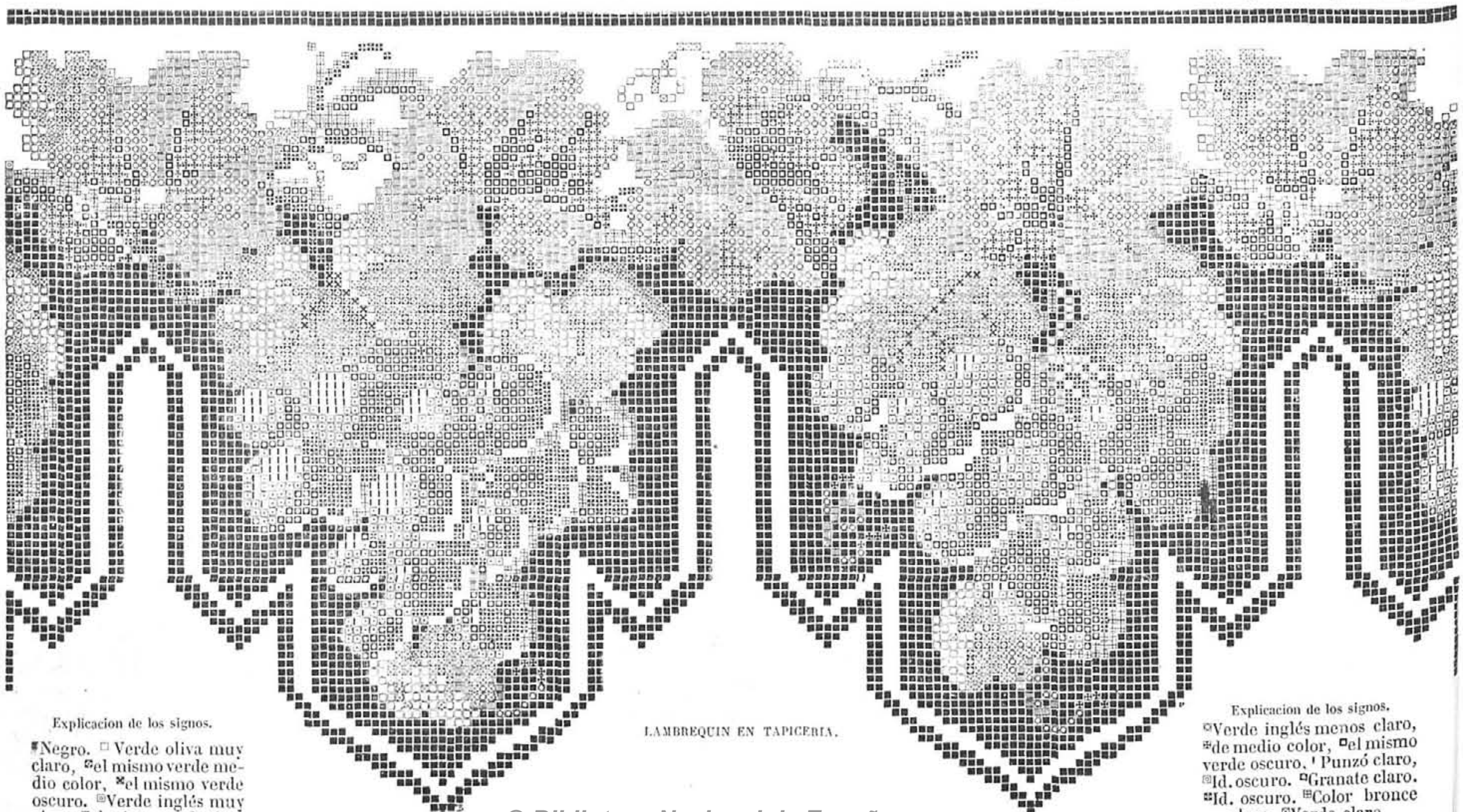
Algunos historiadores aseguran que el famoso emperador Heliogábalo fué el primer soberano que usó en Europa vesti*dura de seda, y aun esta no se la ponia* sino en ciertas solemnidades, siendo objeto de la admiracion de todos sus vasallos, que acudian á verla, como acudiria un esquimal á ver los leones del desierto.

Ya en el año 555 dos monges persas, cuyos nombres calla la historia, hicieron una expedicion á China, que se prolongó por espacio de algunos años, y entre las muchas invenciones que trajeron, hijas de la observacion y del estudio que habian hecho de aquel pais, fué una de ellas la cria de los gusanos de seda, algunos de los cuales llevaron á Constantinopla, enseñando el modo de criarlos, de armar sus huevecillos, de recoger luego la cosecha guardando la simiente, de hilar despues los capullos, y todo en fin, lo concerniente al arte de manufacturar aquella materia, pagada hasta entonces á peso de oro.

El entusiasmo con que se recibieron las noticias de estos monges no hay para qué encarecerlo, ni es preciso decir tampoco que con sus instrucciones se propagó *este género de industria de una manera* asombrosa, por todos los paises del Oriente.

Tebas, Atenas, Corinto y otras poblaciones vieron en seguida convertidos en cultivadores de la seda á multitud de sus habitantes, y al año siguiente los tegidos de este artículo no fueron ya tan raros como anteriormente: aunque peor trabajada la seda, abundaba algo mas, y ya no se reputaba como exceso el que una princesa pidiese á su esposo un trage de aquel artículo.

La guerra, ese azote de la humanidad que todo lo paraliza y lo conmueve, vino tambien en estas circunstancias á conmover á los paises del Oriente; pero no para echar abajo ni para causar daños á aquella industria, sino para protejerla en cierto modo extendiendo, por decirlo así, los dominios de su imperio. Rogerio, rey



LAMBREQUIN EN TAPICERIA.

Explicacion de los signos.

■ Negro. □ Verde oliva muy claro, el mismo verde medio color, × el mismo verde oscuro. Verde inglés muy claro, el mismo verde claro

Explicacion de los signos.

Verde inglés menos claro, de medio color, el mismo verde oscuro. ' Punzó claro, Id. oscuro. Granate claro. Id. oscuro. Color bronce claro. Verde claro.

© Biblioteca Nacional de España

de Sicilia, se apoderó de Atenas y Corinto, y por los años de 1146 muchos obreros de aquellas ciudades griegas se ocupaban en enseñar dicho arte á los habitantes de las ciudades italianas: Palermo y varias poblaciones de la Calabria fueron las primeras que gozaron de aquel benéfico influjo de la guerra, y el arte de trabajar la seda se extendió luego por otros puntos de Italia y de España, pasando luego de aquí á otros paises. Opinan algunos que el arte de tejer la seda lo trajeron á nuestra nacion los árabes, pero la version indudable es la que dejamos apuntada.

Concretándonos ahora á nuestro pais, puesto que es el que mas nos interesa, dirémos, que la cria de los gusanos de seda llegó á tomar tal incremento desde que los pueblos italianos nos hicieron dueños del secreto, que segun varios autores al hablar de la agricultura, con el producto de las fábricas españolas se surtian de telas de seda la mayor parte de los mercados de Europa y todos los dominios españoles de América: solo en Sevilla existian por los años 1525 á 1540, 14,000 telares de seda, dando ocupacion á mas de 120,000 personas entre hombres y mujeres, é invirtiéndose en la fabricacion mas de 700,000 libras de seda. De todo esto, lo decimos con dolor, no nos queda ya mas que el recuerdo. Que Sevilla sacaba inmensos productos de esta industria, no hay para qué decirlo: lo que únicamente añadirémos es que Granada, Valencia, Cataluña y Toledo sacaban tambien muy pingües rentas de la elaboracion de este artículo, al cual, con preferencia, se habian dedicado, y que de todas las fábricas españolas salian anualmente muchos millones de libras de seda elaborada con destino á los paises extranjeros.

Para concluir dirémos que un francés inventó hace años el modo de hilar los capullitos en que encierran sus huevos las arañas; y que con estos hilos se hicieron despues calcetas y mangnitos; estos ensayos los continuaron despues otros sujetos, y esta clase de industria ha ido prosperando, pero no ofrece en nuestro concepto mucho porvenir.

En China se usa tambien otra clase de seda de calidad muy inferior á la de los gusanos, que la producen ciertas orugas alimentadas con los troncos de los árboles: esta seda se forma en hebra larga como las de las arañas y sin formar capullo, por lo cual se desperdicia mas al tiempo de hilarla, á consecuencia de estar muy sucia. Dá, sin embargo, muy buenos resultados su elaboracion, y con ella hacen los chinos una tela muy tupida parecida al lienzo, que se lava como este sin que por eso desmerezca, lo cual hace que á veces vendan esta seda á tanto precio como la fina.

MANUEL TORRIJOS.

EL GAUCHO.

ROSA DEROY.

HISTORIA VALONA.

(Continuacion.)

Tres discipulos de Mr. Deroy habitaban en Jupille. Uno de ellos, Pedro Kepenne, huérfano, habia debido al buen profesor el poder hacer sus estudios sin que nada le costasen á su tio, constructor de carretas, el cual lo habia recojido. Era Pedro un muchacho de extraordinaria inteligencia y de un carácter singular. Una palabra de afecto de parte de las personas á quienes amaba hacia asomar lágrimas en sus grandes ojos tranquilos y pensativos. Una palabra dura ó injusta daba á su mirada una expresion de indomable orgullo, ó tal vez de inexorable desprecio.

Mr. Deroy habia puesto con suma delicadeza su mano sobre aquella alma jóven, lacerada por precoces dolores. Habia contemplado con exquisita bondad aquella sensibilidad, exagerada hasta el punto de enfermiza, Habia desarrollado con amor aquella magnifica inteligencia, y dirijiendo prudente aquella naturaleza tan llena de rectitud en pensamientos, en palabras, en acciones habia llegado á hacer de aquel pobre huérfano un hombre notable, que pagaba todos sus cuidados, toda su solicitud, con el mas tierno, el mas filial afecto.

Ah! qué lástima que Mr. Deroy no se diese las mismas trazas para educar bien á una señorita!

Pedro habia crecido á la vista de su profesor, habia visto nacer á Rosa, que contaba seis años menos que él. Todos los dias, cuando era estudiante aun, le traia una fruta, una flor, cualquiera cosa, y acabó por amar á la niña, con aquel tierno y caballeresco afecto que puede experimentar un huérfano que siente vivamente la pérdida de su madre, y que halla una criatura que ha experimentado al nacer una desgracia semejante á la suya.

Pedro era apasionado por la música, y queria ser compositor. En la época en que Mr. Deroy dejó la enseñanza, habia aquel llegado á ser uno de los mejores discipulos del conservatorio de Lieja, lo cual no le impidió el adquirir por sí solo un excelente talento para el dibujo. En su calidad de vecino de campo de Jupille y de antiguo discipulo y amigo, habia dado durante algun tiempo lecciones á Rosa.

Con motivo de estas lecciones me ha contado Mr. Deroy una pequeña anécdota, que es menester que refiera aquí, porque dá á conocer muy bien la especie de imperio que egercia, como ya lo hemos indicado, el jóven maestro sobre su niña discípula.

Una mañana, el buen profesor y Pedro conversaban y fumaban sentados junto á una ventana abierta del comedor. Rosa, que aquel dia no estaba de humor alegre, procuraba perezosamente dibujar sobre su pizarra el tronco recto y elevado de una vieja acácia, cuyas floridas ramas llegaban balanceándose hasta el borde mismo de la ventana cuando las agitaba un leve soplo de viento.

Por la tercera ó cuarta vez la niña trajo á Pedro su borron, y mostrándole líneas tan curvas como el arco iris, le preguntó: «¿Está ahora bien?»

—«No, Rosa, respondió el jóven maestro borrándolas, el árbol que os sirve de modelo es extremadamente recto, y este no lo es. Probad otra vez».

—«En verdad, dijo la niña con algo de impaciencia, con lo hecho basta. Me he esforzado tanto que me duele la cabeza. Estoy segura de que nadie llegará á dibujar con exactitud ese viejo árbol. Yo por mi parte renuncio á ello».

—«Como gusteis,» respondió Pedro volviendo la cabeza y enviando hácia la acácia una bocanada de humo de su cigarro.

Habia tal frialdad en aquellas simples palabras, que despues de haber vacilado durante cinco ó seis minutos, mirando alternativamente, ora á su padre, que afectaba no mezclarse en nada, ora á Pedro, que ya no se ocuda-

© Biblioteca Nacional de España

ba de ella, Rosa volvió á sentarse en su silla, sin hablar una palabra, pero tambien sin soltar su pizarra y su lápiz.

Un gracioso petirojo pasaba y repasaba con la rapidez del relámpago entre las hojas de la acácia, y de cuando en cuando se paraba á cantar sobre uno de los perfumados racimos.

Al fin de cada cadencia, bebia una gota de rocio en el cáliz de las flores, y despues, levantando hácia el cielo su piquito, volvia empezar sus alegres canciones.

Rosa lo escuchó y lo miró durante cosa de un cuarto de hora; despues, volviendo á asir el lápiz y la pizarra que tenia sobre sus rodillas, se puso tarareando una cancion, á empezar de nuevo su dibujo.

Al principio su mano recorria lentamente la pizarra; despues, á medida que su canto se animaba, que se hizo mas alegre, mas vivo, los rasgos de su lápiz fueron mas rápidos, mas seguros, hasta que al fin acabando su cancion de prisa, y dirijiéndose á Pedro, puso á su vista con aire de triunfo su correcto dibujo.

El jóven tomó la pizarra, alabó las proporciones del árbol, y le dijo con bondad que celebraba mucho aquella perseverancia, aquel loable esfuerzo de voluntad.

—«Y sabeis, Pedro, dijo con alegria la niña, lo que me ha hecho salir bien esta vez? Es que he dibujado mi árbol por música».

Pedro le dió por toda respuesta una de aquellas graciosas y fugitivas sonrisas que tanto agradaban á la niña. Mr. Deroy tomó á Rosa sobre sus rodillas, y abrazándola tiernamente le dijo: «Ojalá hagas por música todas las cosas dificiles, de tu vida: así te ahorrarás muchos tormentos!»

El buen padre tenia razon; pero para preparar á su hija á hacer por música todas las cosas dificiles de la vida, habria sido necesario dejarle entrever algunas de sus asperezas. Lejos de eso, parecia que la sombra de los grandes árboles que rodeaban la habitacion no debiese jamás descender sobre su cabeza; parecia que sus diadebiesen ser invariablemente serenos y puros. Ya lo veremos!

Entretanto, Rosa experimentó una primera pena, séria para su edad, pero que felizmente no fué de duracion. Podria en aquella época tener unos doce años.

Era por la mañana. Una cotorra del Brasil, á la que queria tiernamente, escapándose de sus manos mientras la acariciaba, habia volado hasta los fresnos que estaban fuera de la casa.

Protegida por el verde color de su plumage, se ocultaba á las miradas de todos, y á pesar de las investigaciones mas minuciosas, nadie habia logrado descubrirla en el árbol donde se ocultaba.

En vano Rosa la llamó por sus mas dulces nombres, el ingrato animalejo permanecia sordo á todas sus cariños, á todas sus promesas, y en fin, Mr. Deroy, Balbina y el jardinero, perdida la esperanza de atrapar á la fugitiva, habian vuelto á casa rendidos, estenuados.

Rosa sola permanecia en el patio de los Laureles, no pudiendo resolverse á abandonar sus investigaciones. De tiempo en tiempo se aproximaba á la cerrada verja, y con una voz tan dulce, tan triste que hubiera persuadido á cualquiera que no fuese un pájaro en libertad, le decia: «Ven, ven».

De improviso oye sobre su cabeza un ruido de alas, y vé á su querida cotorra posarse en uno de los laureles. —«Ven, ven», vuelve á decirle la niña con suplicante voz.—«Si, sí,» responde con volubilidad la cotorra, dejando su puesto para posarse de nuevo sobre uno de los travesaños de la verja de hierro.

¿Qué hacer? si Rosa la llama puede asustarse y volar otra vez al campo.

Durante estas perplejidades, la cotorra seguia con la vista todos los movimientos de la niña, y parecia como que la desafiaba á que se apoderase de ella.

Sin embargo, forzoso era hacer algo. Rosa se decide á adelantarse poco á poco hácia la verja, agotando el vocabulario de las ternuras que se prodigan á un pájaro favorito. ¡Cómo le late el corazon? Ya está junto á la cotorra, ya se lanza á asirla, cuando dos manos gruesas y velludas previenen su accion, y se apoderan de ella por el otro lado.

Rosa lanza un agudo grito. Un hombre, á quien ella no conoce, ha cojido la cotorra. Pero pronto se serena, porque el desconocido se la alarga al través de los barrotes de la verja.

—«Tomad, señorita, le dijo con una voz singularmente dulce, y no tengais miedo, porque no voy á haceros daño alguno. Solo si V. quisiese, en cambio de este pequeño servicio, permitir al rey de las flores y de las mariposas dar un poco de agua á aquellos de sus vasallos que en vuestro patio experimentan alguna sequedad, os quedaré agradecido». Decia esto señalando las adelfas que en aquel momento doblaban sus lánguidas cabezas.

Rosa miraba á aquel hombre con atónitos ojos, y no entendia una palabra de su extravagante súplica. Pero Mr. Deroy, que habia oido el grito lanzado por su hija, se apresuró á abrir por sí mismo la verja.

—«Entrad, Mr. Chabardeze», dijo.

—«Celebro, mucho conoceros, Mr. Deroy», replicó el otro con la mayor urbanidad.

Era un inválido, vestido con un trage traido, pero muy limpio, mitad militar y mitad civil.

—«¿Permitis?» volvió á decir señalando las adelfas.

—«¡Cómo! Al contrario, os lo ruego. Comunmente soy yo quien se encarga de regar las flores de este patio; solo que, añadió acariciando el lindo collar de plumas anaranjadas de la cotorra, las carreras que hemos tenido que dar por las cercanías en busca de este animalejo, me han hecho esta mañana descuidar este deber. Gracias á vos, Mr. Chabardeze, el mal estará reparado pronto. «Balbina! las regaderas» Balbina apareció en efecto trayendo las regaderas, que Mr. Deroy llenó haciendo girar la llave de un depósito oculto por una adelfa, y que recibia las aguas pluviales de la casa.

El señor Chabardeze puesto que así habia llamado el dueño de la casa al inválido, se puso al momento con gran presteza, á pesar de su pierna de pàlo, á regar las adelfas del patio, y parecia gozar en ello tanto que su rostro, bastante feo por cierto, parecia transfigurado.

Cuando se hubo acabado de regar, Mr. Chabardeze cambió aun algunas palabras con Mr. Deroy, y luego se despidió de él dándole gracias en muy buenos términos por el interés que por sus vasallos tomaba. El profesor le respondió que en su retiro el cultivo de las flores era una de sus ocupaciones favoritas, y que su soberano podia estar tranquilo respecto á ellas.

Rosa escuchaba esta conversacion con una curiosidad llena de asombro, y apenas se hubo cerrado la verja cuando ya abrumaba con preguntas á su padre.

—«Mira, le dijo este, mira allá bajo los fresnos: veo venir á una persona que te instruirá mejor que yo de lo que deseas saber.

Rosa se volvió con viveza: era Pedro Kepnne, que daba cordialmente un apreton de manos al inválido.

(Se continuará.)

Muy alegre te encuentro, Lelia hermosa,
Engreida en leer :
Qué lees?—Una novela primorosa
Qué Julio me dió ayer.

—Novelas! no las leas, vida mia,
Son un dulce mentir
Que halagan nuestra vírgen fantasía
Con grato sonreir.

Quieres leer? pues busca un tipo bello
Bien en Luisa ó Inés ;
Estúdialo y verás en él el sello
De lo que el mundo es.

Verás que en el poema de la vida
Los años tomos son,
Páginas la esperanza que ya es ida,
Líneas nuestra ilusion.

Que ellas cual tú con el placer soñaron
Y siempre de él en pos
Solo amargura por placer hallaron....
Pregúntalo á las dos.

Te dirán que es amor una quimera,
Un engaño el placer,
La hermosura una flor que pasajera
Marchitase al nacer.

Que la palabra que escuchó tu oido
Vivió mientras sonó,
Y que el que mas amor juró rendido
Fué aquel que mas mintió.

Que compraran tu efímera hermosura
Sin ver tu corazon,
Pagándole en moneda tan impura
Que mate tu ilusion.

Lloras? Lo siento, Lelia de mi vida ;
Vuelve, vuelve á leer,
Y en mágica lectura entretenida
SUEÑA con el placer.

LUIS CARLOS TIRADO.

EL GAUCHO.

La vida del campo ha desenvuelto en el gaucho las facultades físicas. Su carácter moral se resiente de su hábito de triunfar de los obstáculos y del poder de la naturaleza: es fuerte, altivo, enérgico. Sin ninguna instruccion, sin necesitarla tampoco, sin medios de subsistencia como sin necesidades, es feliz en medio de su pobreza y de sus privaciones, que no son tales para el que nunca conoció mayores goces, ni extendió mas alto sus deseos. El gaucho no trabaja: el alimento y el vestido se los proporcionan sus ganados, si es propietario; la casa del patron ó de un pariente si nada posee.

Las atenciones que el ganado exije se reducen á correrías y partidas de placer; la hierra, que es como la vendimia de los agricultores, es una fiesta cuya llegada se recibe con trasportes de júbilo; allí es el punto de reunion de todos los hombres de veinte leguas á la redonda; allí hace ostentacion de la increible destreza en el lazo. El gaucho llega á la hierra al paso lento y mesurado de su mejor *parejero* que detiene á distancia apartada; y para gozar mejor del espectáculo, cruza la pierna sobre el pescuezo del caballo. Si el entusiasmo le anima, desciende lentamente del caballo, desarrolla su lazo y lo arroja sobre un toro que pasa con la velocidad del rayo á cuarenta pasos de distancia: lo ha cogido de una uña, que era lo que se proponia, y vuelve tranquilo á enrollar su *cuerda*.

El gaucho tiene fisonomías muy notables de las que es preciso dar á conocer algunas: El rastreador, el baqueano, el gaucho malo, el cantor.

El mas conspícuo de todos, el mas extraordinario es el *rastreador*. Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas en donde las sendas y caminos se cruzan en todas direcciones y los campos en que pacen ó transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal, y distinguirlas de entre mil; conocer si va despacio ó ligero, suelto ó tirado, cargado ó de vacío; esta es una ciencia casera y popular. Una vez caia yo (dice el señor Sarmiento) de un camino de encrucijada al de Buenos Aires, y el peon que me conducia echó como de costumbre, la vista al suelo: «Aqui va, dijo luego, una mula mora, muy buena... esta es la tropa de don N. Zapata... es de muy buena silla... va ensillada... ha pasado ayer.» Este hombre venia de la Sierra de San Luis; la tropa volvia de Buenos Aires, y hacia un año que él habia visto por última vez la mula mora cuyo rastro estaba confundido con el de una tropa, en un sendero de dos piés de ancho. Pues esto que parece increible, es, con todo, la ciencia vulgar; este era un peon de arrea y no un rastreador de profesion.

El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fé en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee le da cierta dignidad reservada y misteriosa, y todos le tratan con consideracion.

Un robo se ha ejecutado durante la noche: no bien se nota, corren á buscar una pisada del ladron, y encontrada, se la cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al rastreador, que ve el rastro y lo sigue sin mirar sino de tarde en tarde al suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada que para otro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa y señalando un hombre que encuentra dice friamente: *Este es*. El delito está probado, y raro es el delicuente que resiste á esta acusacion. Negar seria ridiculo, absurdo.

Se cuenta de un tal Cabilar, famoso rastreador, que durante un viaje á Buenos Aires le robaron una vez su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una artesa. Dos meses despues Cabilar, regresó, vió el rastro ya borrado é inapercibible para otros ojos, y no se habló mas del caso. Año y medio despues, Cabilar marchaba cabizbajo por una calle de los suburbios, entra en una casa y encuentra su montura ennegrecida ya y casi inutilizada por el uso. Habia encontrado el rastro del ladron despues de dos años.

Despues del rastreador viene el baqueano, personaje eminente y que tiene en sus manos la suerte de los particulares y de las provincias. El baqueano es un gaucho grave y reservado que conoce á palmos veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas! Es el geógrafo mas completo, es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña. El baqueano va siempre á su lado. Modesto y reservado como una tapia, está en todos los secretos de la campaña; la suerte del ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él. El baqueano es casi siempre fiel á su deber; pero no siempre el general tiene en él plena confianza. Imaginaos la

© Biblioteca Nacional de España

posicion de un jefe condenado á llevar un traidor á su lado y á pedirle los conocimientos indispensables para triunfar. Un baqueano encuentra una sendita que hace cruz con un camino que lleva; él sabe á qué aguada remota conduce: si encuentra mil, y esto sucede en un espacio de cien leguas, él las conoce todas, sabe de donde vienen y á donde van. Él sabe el vado oculto que tiene un rio, mas arriba ó mas abajo del paso ordinario, y esto en cien rios ó arroyos; él conoce en los ciénagos extensos un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconveniente, y esto en cien ciénagos distintos.

En lo mas oscuro, de la noche, en medio de los bosques ó en las llanuras sin límites, perdidos sus compañeros extraviados, da una vuelta en círculo de ellos, observa los árboles; si no los hay, se desmonta, se inclina á tierra, examina algunos matorrales y se orienta de la altura en que se halla; monta en seguida y les dice para asegurarlos: «Estamos en dereceras de tal lugar, á tantas leguas de las habitaciones; el camino ha de ir al sud;» y se dirige hácia el rumbo que señala tranquilo, sin prisa de encontrarlo y sin responder á las objeciones que el temor ó la fascinacion sugiere á los otros.

Si aun esto no basta, ó si se encuentra en la Pampa ó si la oscuridad es impenetrable, entónces arranca pastos de varios puntos, huele la raiz y la tierra, los masca, y despues de repetir este procedimiento varias veces se cerciora de la proximidad de algun lago ó arroyo salado ó de agua dulce, y sale en su busca para orientarse fijamente. El general Rosas, dicen, conoce por el gusto el paso de cada estancia del sud de Buenos Aires.

Si el baqueano lo es de la Pampa, donde no hay caminos para atravesarla, y un pasajero le pide que lo lleve directamente á un paraje distante cincuenta leguas, el baqueano se para un momento, reconoce el horizonte, examina el suelo, clava la vista en un punto y se echa á galopar con la rectitud de una flecha hasta que cambie de rumbo por motivos que solo él sabe, y galopando dia y noche, llega al lugar designado.

El baqueano anuncia tambien la proximidad del enemigo; esto es, diez leguas y el rumbo por donde se acerca por medio del movimiento de los avestruces, los gamos y guanacos que huyen en cierta direccion. Cuando se aproxima, observa la polvareda, y por su espesor cuenta la fuerza: «Son dos mil hombres, dice, quinientos, doscientos, etc.» Y el jefe obra bajo este dato, que casi siempre es infalible. Si los cóndores y cuervos revoletean en un círculo del cielo, él sabrá decir si hay gente escondida, ó es un campamento recien abandonado ó un simple animal muerto.

EL NOBLE EN LA MISERIA.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion.)

Pero debe sostener á su desventurado padre, debe espiar en su rostro todas las emociones que agitan su corazon, debe cuidar de él atentamente para que no sucumba á las penas que le agobian. He ahí por qué su mirada es tan límpida y tan suave cuando clava sus hermosos ojos en el anciano.

El padre y la hija se dirigen á paso lento hácia la granja, donde entran para despedirse de los labradores.

La labradora se encontraba sola con su criada en el cuarto bajo.

—Venimos á despedirnos, la dijo el noble con un tono sereno y benévolo.

La labradora sobrecogida de una dolorosa ansiedad contempló un instante á los dos viajeros, miró su trage, y llevándose el delantal á sus ojos salió por otra puerta. La criada, apoyándose en el marco de la ventana, prorumpió en sollozos, á pesar de los esfuerzos que hizo Leonor acercándose á ella para consolarla.

En breve la labradora apareció de nuevo con su marido á quien habia ido á buscar fuera de la granja.

—¡Ay! con que es cierto que dejais el Grinselhof? preguntó el labrador con voz ahogada: ¡y quizá no nos verémos mas!

—Vamos, mi buena Beth, no lloreis por eso, dijo el noble tomando la mano de la labradora. Ya veis que soportamos nuestra suerte con resignacion.

La pobre mujer alzó la cabeza, echó otra mirada á los vestidos de sus antiguos amos, y prosiguió llorando mas fuerte sin que le fuera posible articular una palabra.

El labrador que hacia un instante se habia puesto á reflexionar con la vista clavada en el suelo, dijo de repente al noble con tono firme:

—Os suplico que me permitais deciros algunas palabras... á vos solo.

El señor de Vlierbecke le siguió al aposento contiguo. El labrador cerró cuidadosamente la puerta y dijo vacilando:

—Apenas me atrevo... ¿me perdonareis?...

—Hablad francamente, amigo mio, contestó el noble con una sonrisa.

—Os debo todo lo que he ganado, murmuró el labrador conmovido. Cuando me casé, ni mi mujer ni yo teniamos nada, y sin embargo sois tan bondadoso, que me disteis la granja por un pequeño arriendo. Por la gracia de Dios y vuestra proteccion hemos salido adelante. Y vos por el contrario, vos, nuestro bienhechor, sois desgraciado... os marchais sabe Dios adónde... quizá vais á sufrir miseria y privaciones... no, eso no puede ser; toda mi vida me lo echaria yo en cara... ¡Ah! señor de Vlierbecke, todo cuanto poseo está á vuestro servicio.

El noble estrechó con mano trémula la mano del labrador y le dijo;

—Sois un buen hombre y me alegro haberos protegido; pero renunciad á vuestro proyecto, amigo mio; conservad lo que habeis ganado con el sudor de vuestra frente... no paseis inquietud por nosotros, que con la ayuda de Dios encontrarémos una vida soportable.

—¡Oh! Señor, repuso el labrador con voz suplicante y cruzando las manos, no rehuseis mi pobre ofrecimiento.

Y abriendo un armario mostró un montoncillo de monedas de plata.

—No es la centésimaa parte del bien que nos habeis hecho, prosiguió; acordadme la gracia que imploro de vuestra generosidad. Tomad ese dinero, y si os puede sacar de algun apuro, daré por ello las gracias á Dios todos los dias de mi vida.

Abundantes lágrimas llenaron los ojos del noble, y con una voz alterada respondió:

—Gracias, amigo mio; no debo tomarlo, y toda instancia seria inútil. Salgamos de aqui.

—Pero ¿adónde vais? exclamó el labriego con desesperacion. Por amor de Dios decídmelo.

—Me es imposible, respondió el noble, no lo sé yo mismo, y aun cuando lo supiera, la prudencia me ordenaria callarlo.

Apenas habia pronunciado estas palabras cuando estaba ya en el aposento, donde halló á todos anegados en lágrimas. Leonor se habia arrojado á los brazos de la labradora, en tanto que la criada se llevaba llorando la mano á sus labios.

El noble comprendió que era preciso poner fin á esta penosa escena: dijo á su hija algunas palabras enérgicas, y Leonor pareció salir de un triste sueño.

Se dieron nuevos apretones de manos, cambiaron el último beso de despedida, y despues el padre y la hija volvieron á tomar su pequeño envoltorio, atravesaron el puente del Grinselhof y salieron al campo.

Largo rato la gente de la granja los siguió con los ojos llorando, hasta que desaparecieron entre los árboles.

El señor de Vlierbecke se habia apresurado á llegar al monte, pues sabia que en cuanto hubiese entrado en él, el Grinselhof quedaria oculto á sus miradas.

Una vez entre las encinas, se detuvo y se volvió lentamente á contemplar otra vez aquel lugar, cuna de sus antepasados y de él mismo. Lo que pasó en aquel instante en su alma debió ser terrible, pues Leonor se estremeció al ver la alteracion de su fisonomía; sin embargo, no se sintió con fuerzas para turbar aquel dolor solemne.

Por fin, dos gruesas lágrimas corrieron por las megillas del noble. Entonces Leonor le saltó al cuello, enjugó á besos aquellas lágrimas, y le arrastró de la mano dirigiéndole mil palabras consoladoras.

En breve desaparecieron por el tortuoso sendero que penetraba en las sombrías profundidades del bosque.

IX.

Ocho dias despues de la salida del señor de Vlierbecke llegó de Italia una carta para él. El cartero preguntó al labrador dónde vivia á la sazon el antiguo amo del Grinselhof; pero no pudo obtener ninguna noticia sobre este punto, pues todos ignoraban su paradero. Tampoco el notario pudo informar á nadie de los que preguntaban por el noble.

Aquella carta y otras tres ó cuatro que la siguieron, todas procedentes de Italia, se quedaron en la administracion de correos, y nadie volvió á acordarse del señor de Vlierbecke, excepto el labrador del Grinselhof que todos los viernes en el mercado preguntaba siempre á los campesinos si no habian visto á su antiguo amo; pero nadie le daba nunca la menor noticia.

Cerca de cuatro meses habian trascurrido cuando una mañana una hermosa silla de posta se detuvo delante de la casa del notario. La portezuela se abrió, y un jóven vestido de viaje saltó y se precipitó en la casa.

—¿El señor notario? preguntó al criado con voz impaciente.

Este contestó que su amo no estaria visible sino dentro de algunos instantes, é introduciendo al forastero en un cuarto, le presentó una silla y le suplicó esperase alli, despues de lo cual le dejó solo.

El jóven se incomodó algun tanto con esta tardanza y tomó asiento. En su rostro tenia pintada una expresion de tristeza; sus miradas se clavaron en el suelo, y pareció entregarse á profundas meditaciones.

Poco á poco sin embargo se aclaró su semblante, y una suave sonrisa asomó á sus labios. Alzó la frente y se dijo á sí mismo con alegría:

—¡Ah! ¡cuán dulce es la esperanza, la certeza que tengo de verla hoy mismo!... Sí, hoy la recompensaré de su constancia y le ofreceré el desquite de medio año de padecimientos; hoy de rodillas delante de ella podré presentarla el consentimiento para nuestro enlace. Leonor, te traigo la riqueza, el amor y la felicidad. Vuelvo con la firme voluntad y los medios de amenizar la vejez de tu padre; vuelvo para vivir con vosotros dos en el paraiso que nos estaba prometido. ¡Oh! amada mia, estréchame en tus brazos, soy tu futuro esposo, y nada en el mundo podrá separarnos ya... Ven, ven, que un mismo y eterno lazo una al padre y á sus hijos. ¡Ah! sí, nuestras almas arden en un mismo deseo, en una misma aspiracion, ¡amar! ¡Oh! ¡gracias, gracias, Dios mio!

Y al pronunciar estas palabras arrebatado por la contemplacion de su felicidad futura, habia dejado la silla para dar á su cuerpo una libertad de movimiento en armonia con la ardiente agitacion de su alma.

Un ruido que oyó en la puerta del aposento le hizo comprimir su emocion, y su semblante tomó una expresion mas serena, aunque siempre risueña.

Pero pocos instantes despues volvió á caer en sus profundas meditaciones; otro sentimiento se habia apoderado de su corazon, pues exclamó con voz trémula:

—¿Y si me engañara?... No he tenido ninguna respuesta á mis cartas... ¿Habrán sido insensibles á mis ruegos? Y Leonor...

Se detuvo inmóvil con la mano apoyada en la frente, mas luego rechazó aquella idea sombria y dijo con una conviccion entusiasta:

—No, no; fuera la desconfianza que como una serpiente quiere deslizarse en mi corazon. ¡Leonor olvidarme! Es imposible. ¿No me ha dicho que nuestro amor es eterno, imperecedero? ¿Y pueden mentir sus labios? ¿Un corazon como el suyo puede ser infiel y traidor? ¡Ah! silencio, silencio, ¡la calumnias!

Apenas habia pronunciado estas últimas palabras cuando se abrió la puerta, y el jóven disimulando su emocion se adelantó al encuentro del notario.

Este entró con mucha ceremonia dispuesto á medir sus palabras y su actitud segun la persona á quien hablara; pero asi que reconoció al jóven, una sonrisa amistosa apareció en sus labios, y tendiéndole la mano le dijo:

—¡Buenos dias, Gustavo! Os esperaba hace algunos dias y celebro mucho veros. Sin duda tendrémos que arreglar los varios negocios importantes, y ante todo os doy gracias porque me habeis querido acordar vuestra confianza. A propósito, ¿cómo estamos de sucesion? ¿Hay hecho un testamento?

Gustavo se entristeció, y en tanto que se llevaba la mano al bolsillo y sacaba de una cartera algunos papeles, sus facciones denotaban un dolor sincero. El notario advirtiéndolo añadió:

—Me es muy sensible la pérdida que habeis hecho. Vuestro excelente tio, era mi amigo, y deploro su muerte como el que mas. Dios le ha arrebatado de este mundo cuando estaba lejos de su país: es una gran desgracia; pero tal es la suerte del hombre. Preciso es consolarse con la idea de que todos somos mortales. Vuestro tio os queria entrañablemente, y sin duda no os habrá olvidado en sus últimas disposiciones.

—Hacedme el favor de hojear esos documentos, respondió Gustavo arrojando sobre la mesa un legajo de papeles.

El notario se puso á recorrerlos, y seguramente lo que vió hubo de sorprenderle, pues su rostro tomó una marcada expresion de alegría.

© Biblioteca Nacional de España

Durante este tiempo, Gustavo con los ojos bajos se hallaba en una agitacion que demostraba la mas viva impaciencia.

Al cabo de un instánte el notario se levantó y le dijo con una voz respetuosa:

—Permitidme que os felicite, M. Denecker; todos los documentos están en regla. ¡Legatario universal! ¿Conque sois mas que millonario?

—Hablarémos de eso otra vez, repuso Gustavo interrumpiéndole. Si he venido corriendo á vuestra casa ha sido porque tengo que pediros un gran favor.

—Hablad pues, amigo mio.

—¿Sois el notario del señor de Vlierbecke?

—Sí.

—He sabido por mi difunto tio que el señor de Vlierbecke ha caido en la indigencia, y tengo mis razones para querer que no se prolongue su infortunio.

—Se trata sin duda de un socorro.... dijo el notario; en efecto, lo merece, pues yo sé cómo ese señor ha venido á parar á su ruina y lo que ha padecido. Es víctima de una generosidad y de su honradez. Quizá ha llegado la virtud hasta la imprudencia y la locura, pero no es menos cierto que su posicion es bien triste.

—Yo desearia, exclamó el jóven, que me indicárais cómo debo gobernarme para socorred al señor de Vlierbecke sin herir su dignidad. Conozco su posicion porque mi tio me la ha explicado; sé que entre otras deudas tiene una de 4,000 francos á favor de los herederos de Hoogebaen, y quisiera hacerme con la obligacion, aun cuando debiese pagarla diez veces mas de lo que vale.

El notario miró á Gustavo con sorpresa y no respondió una palabra.

(Se continuará.)

REVISTA DE CADIZ.

RESEÑA DE LAS FIESTAS OFICIALES DEL PASADO CARNAVAL.

No siendo diario nuestro periódico, nos vemos frecuentemente forzados á ir muy á la cola de los acaecimientos, y eso hasta el punto de que á veces pasamos por alto algunos por el hecho de carecer ya de oportunidad. Sin embargo aunque el Carnaval del año presente hace dias que pertenece á la historia, no debemos dejar de ocuparnos de las fiestas proyectadas y llevadas á cabo, en cuanto el tiempo lo permitió, por el Ayuntamiento, puesto que el pensamiento que las creó nos parece excelente y susceptible de ventajosisimos resultados. Nos esplicarémos.

El Carnaval, resto, segun opinion de muchos, de las antiguas saturnales y bacanales, si bien se ha ido amoldando á la índole de las succesivas civilizaciones, se conserva no obstante fiel á su orígen, al menos lo suficiente para no haber perdido la fisonomía de familia. Durante las saturnales de Roma, el pueblo entero se entregaba á una loca alegria, cerrábanse tribunales y escuelas, suspendíase el ejercicio de todas las artes, y solo funcionaban las cocinas por exclusivo privilegio de la gula; los esclavos se disfrazaban con los trages de sus dueños, jugaban con ellos, los *embromaban*, y tenian libertad absoluta de decirles cuanto se les venia á la boca bueno ó malo; es decir, que se ponian la careta para desembanastar en un dia lo que acaso habian guardado de rencor durante todo un año.

En tiempo de Augusto estas fiestas duraban tambien tres dias; pero Calígula le añadió otro mas por via de cola, dando á este el nombre de *Juvenalis*, y aquí tenemos ya en infusion el Domingo de piñata.

Pero siquiera las saturnales querian decir algo, representaban un pensamiento; eran unas fiestas con las que celebraba el recuerdo de la edad de oro bajo el cetro de Saturno; era un homenage á la fraternidad humana, que no consentia la esclavitud, homenage tributado precisamente por los hombres que se exclavizaban al mundo; era, en fin su objeto honrar por solo tres dias como bueno y santo un principio, para no aceptarlo ni seguirlo en los trescientos sesenta y dos restantes del año.

Esto siquiera, lo repetimos, querian decir las saturnales; ¿pero qué quiere decir nuestro Carnaval? ¿Qué pensamiento filosófico ó religioso se esconde en el fondo de él? ¿Qué recuerdo histórico se desprende de un saquillo arrojado desde un balcon ó de un triquitraque que estalla bajo los piés de un transeunte?

Sea lo que quiera respecto á la aclimatacion posterior de esta planta exótica, ello es que sus resultados hacen parte de nuestras costumbres actuales, y que á modo de la inundacion del Nilo, las poblaciones se desbordan periódicamente, si bien no dejan, como aquel, un limo fecundo para la tierra, sino mas bien una espesa capa de fango, porque cuando las diversiones públicas no se organizan de una manera prévia y acertada, cuando todo se deja á la espontaneidad individual, la consecuencia de esta imprevision ha de ser el desórden, y entonces las medidas coercitivas, los alardes de fuerza, son impotentes ya; hay que optar entre la odiosidad y el ridículo, y con harta frecuencia ámbas cosas son el resultado de un empeño imprudente y tardío.

Nuestro Ayuntamiento actual y su digno presidente, amaestrados por las lecciones de la esperiencia, han tenido el buen sentido de comprender que para que diversiones públicas de esta especie no degeneren en incultas ni en licenciosas, con perjuicio grave del nombre de nuestra ciudad, era preciso imprimirles una direccion acertada, era forzoso que la autoridad local tomase respecto á ellas una prudente iniciativa; porque siendo aventurados siempre y por lo comun ineficaces los medios represivos cuando ya las masas han llegado al mas alto punto de la excitacion febril carnavalesca, solo esos medios indirectos y puramente preventivos pudieran lograr el objeto, no solo sin menoscabo de las diversiones del pueblo, sino por el contrario, proporcionándoselas mas atractivas, al alcance de todos y de harta mejor especie.

Al efecto, en diversos y apartados puntos de la poblacion se alzaron tablados que se adornaron con arcos de yerbas, banderas y flores, estando situadas en ellos músicas desde las tres de la tarde en adelante. Desde el anochecer se permitia subiesen á bailar en ellos comparsas y parejas sueltas, á cuyo fin se leian sobre trasparentes los bailes que por turno habia de tocar la música.

En el de la plaza de la la Constitucion tambien se alzaron columpios para niños, con todas las precauciones necesarias. Además de las fogatas, se aumentó la iluminacion de la plaza con graciosos faroles de color y juego de gas, llamando especialmente la atencion un gran arco coronado por una estrella, que hacia frente á la calle Ancha, hoy del Duque de Tetuan.

El adorno de la plaza de la Libertad daba á aquel hermoso mercado un bellísimo aspecto. La galería cubierta que lo circuye se hallaba iluminada por treinta y seis arañas de cristal, y sobre el apretilado ardian cincuenta y dos fogatas, esparciendo una luz no inferior á la del mas radiante salon de baile. Fogatas y farolillos de diversos colores completaban el exorno del tablado.

Otro semejante se levantó en la plaza de Isabel II. Frente á él se situaron cucañas de diferentes especies, todas con opcion á premios.

En la plaza de las Barquillas de Lope se trazó un gran cuadro para bailes, y en los extremos de aquel se elevaban cucañas, columpios, juegos de caballos y cunas volantes, á cuyo efecto se distribuian papeletas que indicaban el turno.

En las referidas plazas, y á competente distancia de los tablados, se colocaron varias filas de sillas, cuya retribucion por su uso fué prefijada por el Ayuntamiento.

Organizóse una mascarada compuesta de bailarines y músicos, la cual iba en la siguiente forma:

Dos bastoneros á caballo.

En un ómnibus adornado y descubierto una banda de música.

En carros, adornados tambien, las parejas de aragoneses, valencianos y negritos.

Las de majos y toreros en calesas.

En jaquitas las gallegas, llevando á aquellas del diestro los hombres que servian de parejas á estas.

Detrás y á pié otra banda de música y los cantantes, cerrando la marcha un bastonero á caballo.

Llegada á los tablados la mascarada, rompian el baile los negritos con un graciosisimo tango, que hacia reir estrepitosamente al público; continuaban en seguida las parejas diversas con sus bailes adecuados, y en los intermedios cantaba el coro, volviéndose á poner en marcha la comparsa para recorrer la poblacion.

El malísimo tiempo que reinó en los dos primeros dias, hizo que solo en el tercero y en la tarde del segundo pudiese lucir esta mascarada; pero ella y las demás funciones oficiales dieron su resultado aun mucho mas allá de las esperanzas concebidas. La fea, la inculta, la *cursísima* broma de los saquillos desapareció por sí misma y sin que hubiese necesidad de prohibirla; alguna que otra mujer que en son de guerra se apostó en su balcon, retiró á poco su arma arrojadiza, avergonzada de su aislamiento y de la rechifla de que era objeto. Como se habia cuidado de distribuir las diversiones en parajes distantes, no afluyó el bullicio á uno determinado, y la concurrencia, siendo mucha, se hallaba suficientemente repartida para que en ningun sitio llegase á ser sofocante y molesta; gran número de forasteros de los pueblos comarcanos acudió á Cádiz llamado por el aliciente que se le ofrecia, y esa fué una nueva ventaja que se tuvo en cuenta; ventaja que habria sido mucho mas considerable á haberse logrado un tiempo menos desapacible y borrascoso. En una palabra, el Ayuntamiento ha hecho un felicísimo ensayo, que ha merecido la aprobacion unánime, lo cual en estos tiempos tan críticos y tan criticadores que corren ha sido como poner una pica en Flandes. Fácil es mejorar lo que se ha aprobado por bueno, y eso confiamos en que lo hará la celosa, y entendida corporacion municipal, á la que, bien asi como al Sr. Valverde nuestro activo Alcalde, felicitamos por el éxito alcanzado: este éxito muestra que al fin se ha puesto el dedo en la llaga.

Francisco Flores Arenas.

ADVERTENCIA.

Ofrecimos en nuestro prospecto distribuir alguna vez un figurin de modas de caballeros, y hoy principiamos á cumplir nuestra oferta. La razon que para hacerla tuvimos era de rigorosa justicia. Todos nuestros números van acompañados de estampas iluminadas que reproducen las modas del bello sexo; preferencia muy natural y muy legítima; nos ocupamos de sus labores, les damos patrones que las guien en la confeccion de sus vestidos; nuestros artículos las ponen al corriente de las decisiones últimas de la elegancia: y sin embargo, el sexo no bello se viste tambien; la moda tiene para los hombres sus exigencias y sus preceptos: bien es que no desdeñemos el ocuparnos de ellos, y que á fin de no exponerlos á cometer anacronismos, les proporcionemos de vez en cuando los datos que necesitan para caminar al nivel de la época en este punto. Véase el por qué de nuestra promesa y el motivo que nos induce á no demorar por mas tiempo el cumplirla.

EL SALTO DEL CABALLO.

Epigrama.

gas	a	ha	ca	ti	mas	ra	di
ce	ja	on	ved	di	ga	se	de
qui;	tan	ri	ras	su	sá	pró	e
de	Cle	de	tos	dad	mi	a	los
do	á	la	los	on	Cuan	mal	es
re	en	tres	en	tos	á	tra	tos.
sí	en	se	si	de	di	to	sos
rar	pren	por	cien	rar	ver	mas.	Con

Principia en la 8.ª casilla de la 8.ª fila, y concluye en la de su izquierda.

Solucion al geroglífico del número anterior.

Frecuentando el sacramento de la penitencia, nos apartamos de la mala senda.

Se suscribe en la Administracion general, calle de la Bomba, n. 1.

A TODA PERSONA QUE ANTES DE SUSCRIBIRSE QUIERA CONOCER A FONDO LA PUBLICACION SE LE REMITIRÁ UN NÚMERO GRÁTIS.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

Los pedidos se dirigirán al Administrador D. Federico Joly y Velasco—CADIZ.

Editor responsable: D. FELIX PRICHARD.

Cadiz: 1862.—Imprenta y litografia de la Revista Médica. Bomba n. 1.

© Biblioteca Nacional de España